



Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final

Maternidad(es)

Modalidad: Ensayo
Alumna: Magra Valentina
Legajo: M-5852/1
DNI: 41656747
Docente responsable: Peralta Candela

2024

Agradecimientos

Este trabajo está dedicado a mi familia, quienes me sostienen y confían en todos mis desafíos. A mis amigas por la presencia, acompañamiento y contención incondicional. A las “colegas” que gracias a su compañía hemos transitado el camino con

Introducción

El presente Trabajo Integrador Final problematiza la romantización de la maternidad. A saber, cómo los discursos que la historizan, generan su idealización atribuyéndole una connotación universal, gratificante y primordial en la vida de las mujeres.

Es una temática compleja que al momento de plantearla surgen interrogantes tales como, ¿a qué se refiere cuando se menciona la maternidad? ¿hay un tipo o varios? ¿existe el instinto materno? ¿se trata de un deseo? ¿se construye? ¿es una función? ¿es una necesidad? ¿es un mandato social? entre otros. Los mismos permiten dar cuenta de la imposibilidad de encontrar una definición unívoca, capaz de abordar todo lo que implica la maternidad, sin caer en reduccionismos o generalidades.

La existencia de significaciones imaginarias, que se despliegan discursivamente, producirían su idealización, pudiendo repercutir esto, tanto en el modo de habitarla, desplazando la singularidad, como así también en la subjetividad de quienes ejercen dicha función. Dicha imposición social, adherida a los cambios que acompañan la maternidad, genera malestar psíquico en las mujeres, quedando velado, e influyendo tanto personal como vincularmente.

A su vez, tras esa sobrevaloración se descuida que los seres hablantes están atravesados por una historia única e irrepetible, y factores sociales que varían según la época y la cultura (Bourband, 2023). Reduciendo así, a la maternidad, a un mero hecho biológico y al cuerpo, una máquina reproductora de la especie.

Las preguntas que se generan en la actualidad, acerca de la maternidad no son sin el contexto actual. Factor importante dado que favorece a la posible re-apropiación de la temática, ya que los movimientos socio-históricos y políticos contemporáneos otorgan un terreno para el acontecimiento de la palabra; volviéndose esencial la puesta en tensión de aquellas significaciones implicadas en la maternidad debido a que, al cuestionarlas, se desnaturalizan y mitiga su peso social.

Entonces, será posible la liberación de aquellas limitaciones impuestas por concepciones idealistas, una vez que se movilicen las significaciones implícitas en la concepción social. Esto les permite a las mujeres la oportunidad de aceptar y experimentar subjetivamente sus experiencias con la maternidad, aceptando que las mismas varían y no siempre coinciden con las idealizaciones.

Al reflexionar acerca de los discursos establecidos sobre la maternidad, es posible producir una re-significación en los mismos. Por su parte se habilita la singularidad en los modos de habitarla, alojando los diferentes sentires, haciendo del malestar un síntoma válido de escuchar y de la mujer un sujeto activo. Reconociendo así, las diferentes maternidades que cohabitan en la sociedad.

Los conceptos fundamentales serán tomados desde el Psicoanálisis en tanto éste permite adentrarse en el tema sin olvidar las lagunas que aún siguen resonando, permitiendo a su vez, a través de una mirada crítica, la apertura a nuevos decires.

Maternidad, un proceso complejo

En la cotidianidad, es habitual escuchar respuestas o comentarios que simplifican en exceso la complejidad de la maternidad, dando lugar a reduccionismos que generan una romantización imposible de sostener por aludir a ideales inalcanzables que generalmente, terminan produciendo malestar en quienes se encuentran atravesando ese momento. La premisa en esta línea de pensamiento es la comprensión de que no existe un modelo o tipo de maternidad a alcanzar. No hay un patrón universal, un referente, que abarque todos los modos singulares, vividos y sentidos para todas las mujeres por igual. Es por esto que se considera pertinente hablar de maternidades en plural.

3

Se plantea la necesidad de construir una base sólida pero no inamovible, que permita desarrollar una comprensión más profunda de lo que implican las maternidades. Reconociendo que, como se mencionó, se trata de una temática compleja que admite múltiples perspectivas y abordajes, surge la pregunta acerca de ¿por qué no pensar en maternidades como proceso complejo? Y en tal caso ¿de qué se trata la complejidad de la que se habla?

Para abordar estos interrogantes se recurre a Morin, E. (1994) quién entiende al pensamiento complejo como aquel en el que se encuentra la dificultad; haciendo hincapié en que el mismo se comprende cuando hay dificultades tanto lógicas como empíricas. Las primeras, cuando la lógica deductiva es insuficiente y surgen contradicciones, mientras que las segundas comprenden que nada está realmente aislado, todo está en relación. No sólo la parte está en el todo, sino que también, el todo está en la parte.

Esto da lugar a problematizar acerca de cómo socialmente, ante el interrogante sobre maternidades, se la suele definir por partes, desterrando así, la posibilidad de abordarla desde su integridad. En otras palabras, desde el discurso cotidiano, se suele considerar que la maternidad pertenece al campo de lo biológico, o al psíquico, o al social; uno u otro. Ello ocurre tras el pensamiento disyuntivo y reductor que se continúa sosteniendo en la sociedad.

Se reconoce la importancia que requiere abordar la maternidad como entramado dialéctico, es decir, en su globalidad. Se comprende que si se tienen grabadas esas formas de pensamiento que llevan a reducir y ocultar problemas, es porque aún habita y gobierna un paradigma profundo que impone no ver, habiendo una visión mutilada de todo (Morin, 1994).

Por lo tanto, aceptar una visión compleja, no simplista, establece la imposibilidad de sostenerse en un paradigma dicotómico que excluye alguna de sus partes. Desde esta perspectiva global, se reconoce al ser humano integrado en sus aspectos tanto biológicos, psicológicos y sociales, estando inmerso en un contexto socio-cultural e histórico determinado. Entendiendo así que dichos aspectos forman parte del sujeto humano como entidad global.

Identificando los aportes del paradigma de la complejidad, sobre todo aquella idea expresada de concebir desde un todo global, considerando al hombre en situación; surge la posibilidad de tomar dichos aportes para comprender y aplicarlos en el área de interés (Vaamonde, 2010). Es decir, abordar a las maternidades desde su integridad, permitiendo dar cuenta de que no se trata de dividir si es algo puramente biológico, psíquico o social sino, un entramado de todo aquello.

El supuesto instinto maternal

Tradicionalmente, desde la perspectiva biologicista, que es un fiel reflejo del pensamiento reduccionista, se ha reproducido la concepción de la mujer como un cuerpo biológico capaz de gestar. Ubicando a la maternidad, dentro del orden de lo instintual, estableciendo un paralelismo mujer=madre difícil de desvincular. Dicho paralelismo parece sostenerse en la idea de que algo innato en la mujer se despertará como instinto natural, igualándolo a lo que sucede con las hembras-animales, teniendo así la capacidad de un saber hacer ante las necesidades de su bebé.

Surge el interrogante acerca de cuáles serán los motivos por los que se ha empeñado en acentuar el supuesto instinto. Una posible respuesta podría ser que si es natural e instintivo no se producirán conflictos, dudas ni contradicciones. De ser así todos sabrían lo que deben hacer. Fin de cuestionamientos, dudas, preguntas, debilidades, diferencias. Nada de grises, solo un blanco y negro tranquilizador, fácil, seguro, cierto. (Fernández, M. y Dehollainz, I. 2020)

A nadie se le presentaría, según esta concepción, la pregunta de si realmente hay deseo de materner; sería supuestamente lo más propio y natural de las mujeres.

4

Realidad ilusoria en la que no hay posibilidad de elección, pero la que actualmente se cuestiona ya que se entiende que dicha idea no sólo desacredita totalmente la posibilidad de pensar en la subjetividad de las mujeres sobre la maternidad, sino que, al reducirla como algo del orden de lo biológico, se estaría negando lo más propio del ser humano.

Sobre ello, Freud (1920) comprende que habría un impulso que hace que lo más natural del humano sea no serlo del todo. Se posee al menos un atributo que lo distingue de la naturaleza misma, es decir, la pulsión. Para comprenderlo es preciso distinguir pulsión de instinto. Mientras el instinto sería aquello del orden de lo innato y propio de la especie animal, teniendo como finalidad la supervivencia de la especie; la pulsión en cambio sería entonces

un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica (Freud, 1920, p. 36).

Al respecto Lacan (1964-65) se ocupa de dicho concepto freudiano enfatizando la separación entre pulsión y organismo. La pulsión al dar con su objeto se entera, de que no es así como se satisface; ningún objeto podría satisfacerla por completo.

Lacan (1964-65) sostiene que la pulsión, no se satisface a partir de ese objeto unitario y absoluto del que sabe el instinto, sino que es variable. Al mismo tiempo, el lenguaje nos da cuenta de la imposibilidad de asumir al humano como puro instinto. Los sujetos son constituidos como tales, tras el baño de lenguaje dado por los significantes provenientes de Otros. Asumir esto implica la pérdida del instinto ya que al momento en el que el sujeto es investido y hablado, queda marcado por la lengua.

No sería conveniente hablar en términos de instinto, sino de deseo. No existe algo de antemano que pueda determinar los modos en cómo vincularse, ni como sería el encuentro de una madre con el niño, es más, no se podría ni afirmar que donde hay un embarazo, allí se encontrará una madre y un hijo. El campo del deseo es lo más variable y singular, en tanto la causa del deseo es un objeto perdido que inaugura la falta estructural.

Poder distanciarse de la concepción del supuesto instinto maternal, abre el interrogante acerca de cómo pensar sobre aquella capacidad de experimentar sentimientos ante las crías indefensas (Habichayn, 2005). Suelen ser sentimientos pensados en términos absolutos, atribuidos exclusiva y erróneamente a las mujeres.

Dicho instinto maternal, es uno de los tantos mitos que se deben derribar. Al formar parte del imaginario social, como tal organiza, alrededor de la idea mujer=madre, los significantes sobre la maternidad (Fernandez, 2016). Como efecto de ello, la maternidad queda ligada exclusivamente al campo de lo femenino, convirtiendo a la mujer, como único referente, capaz de realizarla. A su vez, se configura a la maternidad como una obligatoriedad ya que sería supuestamente lo que le da sentido a la feminidad, significando el “ser madre”, la esencia de la mujer.

Hoy, tras los debates y cambios en el campo social, se están fragmentando estos y otros ideales que estructuran la vida de las mujeres. Aquellas percepciones culturales que comprenden a la maternidad como una experiencia intrínseca en la vida de las aquellas, vinculándola a una etapa natural por la que todas deberían transitar, y se espera que encuentren satisfacción y plenitud en dicha faceta. Sin embargo, detrás de ese supuesto deseo universal de maternidad, subyace un mandato social profundamente arraigado, cuya construcción y promulgación se remonta a lo largo de la historia.

Todo ello resalta la influencia y el control que las significaciones sociales pueden ejercer sobre las creencias en torno a la maternidad, que en última instancia, no escapa a la dinámica cultural. Pensar a la maternidad como una función social, da pie para reconocer cómo en la sociedad entran en juego diferentes fuerzas sociales que operan

5

en las subjetividades de las personas, particularmente en las mujeres. Dichas fuerzas pueden ser analizadas a través de los mitos sociales. Los mismos son sociales en la medida en que constituyen un conjunto de creencias y anhelos colectivos que ordenan la valoración social sobre la maternidad, como así también son individuales en la medida en que brindan los parámetros de significación personal de dicha función (Fernandez, 2016).

Es innegable reconocer que las significaciones ejercen una influencia profunda en la comprensión de lo que se constituye como maternidad, y su impacto está tan interiorizado que a menudo se acepta, sin cuestionamiento. Esta internalización de las concepciones preexistentes sobre la misma no solo define lo que se considera como tal, sino que también influye significativamente en la forma en que cada mujer ejerce su maternidad. Tanto en las acciones como en aquellas que se evitan, para así, cumplir con

un ideal de “madre perfecta” que es inalcanzable. Generando a su vez, presiones que pueden proporcionar malestar e insatisfacciones, perjudiciales para la salud mental.

Resulta necesario reflexionar cómo detrás de tanta naturalidad se está frente a procesos subjetivos que dibujan los modos de imaginar, pensar, desear. Es imprescindible visibilizar cómo esas producciones de sentido histórico social que se despliegan discursivamente, ese imaginario social, produce mitos cargados de ideales. Tal como el de mujer=madre, que opera desde una violencia simbólica que se apropia de la vida de las mujeres, negando las diversidades de sentido que se tienen en relación a las maternidades. Tratando de ocultar así, aquellas singularidades existentes en la cotidianidad.

Es imprescindible deconstruir y naturalizar los sentimientos ambivalentes maternos, para que aquellas mujeres que transiten la maternidad, puedan poner en palabras las emociones suscitadas, sin sentirse juzgadas, sino apoyadas y así poder generar un vínculo capaz de sostener física y emocionalmente al bebé.

Se trata de dar cuenta cómo a través de la desromantización, es decir, de la desmitificación y despojo de todo aquello impuesto en las maternidades, se reconoce y acepta que las mujeres son sujetos activos capaces de elegir cómo y de qué modo maternar, sin olvidar que ante todo son mujeres. Siendo la maternidad un deseo más, entre otros, o no.

Para desromantizar es importante comprender a qué se refiere por romantización. Según la RAE (2014), romantizar es idealizar. Es por ello que se utiliza la terminología de “maternidad romantizada”, demostrando que, en el trasfondo de dicha concepción, hay una connotación idealista. La misma se sostiene a través de discursos culturales que hacen de la maternidad una experiencia positiva, esencial y necesaria para las mujeres.

¿Dónde se puede observar esto? Tanto en los discursos disciplinarios como así también en los cotidianos, sociales, en el que todo sujeto está inmerso. Se suelen escuchar frases tales como “ser madre es lo mejor que puede pasarte en la vida”, “tener hijos es sentirse plena”, “qué egoísta es no querer tener hijos”, “si no tienes hijos, quién te va a cuidar de vieja”, “un hijo es lo mejor que te puede pasar” y una infinidad de afirmaciones más, que circulan día a día. Sin olvidar el lugar que tienen tanto las publicidades, redes sociales, películas, revistas, libros que vislumbran y sostienen dichas referencias, influyendo silenciosamente en la vida de las personas. Quién no ha visto aquellas publicidades e imágenes sobre maternidad, encontrándose con una mujer en estado de plenitud, felicidad y armonía, un escenario bañado “de color de rosa”, cargando a su bebé.

Esto posee en el trasfondo la idea de que concebir y parir marca el camino hacia la felicidad o como así también, de que si sos madre, debes verte de una manera específica. De lo contrario, algo está mal. Es allí cuando entran en juego aquellos discursos disciplinarios, del buen maternar, del buen criar que sostienen el susurro del instinto, enseñando los modos en cómo debe ser una buena madre. Haciendo de la maternidad, en alguno de los casos, un recetario repleto de instrucciones a continuar.

6

Dichos discursos tienen cabida ante el vacío de transmisión de experiencias singulares, convirtiendo dichos saberes rápidamente en mandatos superyoicos, siendo inalcanzables, cobrando a su vez mayor ferocidad según la época (Bourdand, 2023).

Pero qué pasa con aquellas mujeres, madres, que están cansadas, que poseen sentimientos de culpa, sienten frustración; con aquellas que rechazan la lactancia, aquellas que no sienten un estado de plenitud ni poseen de bienestar constante. Pareciera que ellas no son parte del grupo social de la buena madre. Esto notoriamente evidencia

la romantización que tanto se intenta deshacer.

Es necesario cuestionar y desafiar dichas construcciones de sentido ya que al estar sustentadas en una perspectiva biologicista, ésta no sólo aporta concepciones idealistas, productoras de malestar innecesario a las mujeres, sino que además se basa en una concepción errónea. La maternidad como algo del orden de lo natural es imposible de sostener. No existe aquel ideal universal capaz de sobrellevar; además, al ser algo del orden del deseo, no es algo común a todas las personas sino subjetivo. Es decir, existen tantas maternidades como procesos subjetivos. Ello da cuenta, lo fundamental que es concebir a las maternidades desde su complejidad e integridad, para así aceptar que cada mujer tiene el derecho y la libertad de definir su propio camino; y si la maternidad es parte de aquel, que lo pueda transitar sin verse obligada a cumplir con estándares inadecuados y displacenteros.

Deseo Materno

A la luz de lo expuesto, se sugiere que el psicoanálisis, en calidad de perspectiva teórica central, resulta apropiado para abordar la maternidad sin menoscabar su esencia. Bourband (2023) establece que el psicoanálisis, es el marco epistemológico más conveniente para poner en tela de juicio la concepción naturalista de la maternidad, que no deja de hacer estragos en la subjetividad de las mujeres.

Desde dicha perspectiva se reconoce a la maternidad como una función, que necesita ser sostenida y movida, en y por el deseo. Cabe aclarar en este punto que hablar de la maternidad como función trasciende por completo al género en tanto biológico. Como tal, se considera una experiencia libidinal sostenida por el deseo (Barros, 2018).

Ahora bien, ¿qué implica hablar de deseo? ¿a qué se refiere? Al deseo se lo suele confundir con la necesidad, pero esta es una de las tantas concepciones erróneas que hay al respecto. Lacan (1957-58) afirma que el deseo se define por una separación esencial con respecto a lo que corresponde a la necesidad.

En relación a dicha confusión, Lacan (1956-57) establece notablemente que la madre, al imponer una periodicidad en la satisfacción de las necesidades de su hijo, inscribe allí, la presencia-ausencia. Bajo dicha temporalidad aparece la respuesta materna al llamado del niño. Una vez establecida esa función temporal, dicha presencia ausencia adquiere un carácter singular. Dependerá de la particularidad de cada madre ya que responde en función al deseo de la madre. Esto refleja que la supuesta satisfacción de las necesidades del niño, en realidad dependen de la disponibilidad y voluntad de quien ejerce la función materna dado que ésta, como potencia, donará o no. Ello dependerá del deseo puesto en juego.

Hablar de feto-hijo, parturienta-madre, como si fueran pares de binomios, es contradictorio porque en el trasfondo son dicotómicos. El acto de parir no hace a la madre, ni lo que se pare, siempre es un hijo. Al contrario, se necesita del deseo para que se pueda libidinizarse a ese feto y encontrar allí un hijo.

Resulta conveniente diferenciar entre querer tener un hijo y desearlo. Esto es apropiado remarcar debido a que en el discurso corriente se suelen escuchar frases

donde se confunden el querer tener con el desear, como si el deseo inconsciente pudiese ser accesible por completo en lo consciente.

Querer tener y desear, son dos caminos que no siempre se cruzan. Decidir tener un hijo no equivale necesariamente a desearlo. Suele suceder que, la insistente decisión

de querer tener un hijo, responde a un esfuerzo por satisfacer ideales culturales o familiares. Esto es un gran inconveniente en tanto, para satisfacer ciertas demandas y obtener ganancias narcisistas, no se percata la magnitud que conlleva traer un niño al mundo.

Esto es efecto de cómo las fuerzas sociales, se imponen con tanta magnitud, y repercuten significativamente en la psiquis de las personas. Tal es así que la maternidad no es una temática que quede por fuera de ello. Es notable como algunas mujeres quedan tomadas por completo por aquellas significaciones, que a veces no pueden ser pensadas por fuera de los mandatos. Obteniendo como consecuencia, que sus proyectos se vean condicionados socialmente, acotando sus posibilidades para decidir sobre sus propias vidas y futuros.

Dichas fuerzas no sólo ordenan las prácticas y jerarquizan valores, sino que, al ser cuestiones implícitas, que funcionan a nivel de las significaciones imaginarias, sustentan deseos e ilusiones de las que no se pueden dar demasiadas explicaciones por ser del orden de lo no consciente (Fernandez, 2016).

La maternidad como una experiencia sostenida en y por el deseo, da cuenta que, como acto fundamental, la satisfacción se efectuará a propósito de un agujero en lo simbólico, es decir, no obedece a las leyes del instinto, sino a las del deseo. Como tal, para hablar en términos de deseo es preciso que lo inconsciente y lo consciente no se confundan. Desear un hijo no es algo que se pueda producir de manera consciente, por el contrario. El sujeto no sabe si lo que desea es realmente lo que dará satisfacción ya que en sí mismo el objeto causa de deseo está perdido. Lo que se puede ubicar en dicho lugar, son objetos parciales, sublimatorios. (Lacan 1964-65)

Si bien se puede ubicar a un hijo como objeto de deseo, el inconveniente es que los mandatos sociales ejercen tal influencia, dictaminando que el tener un hijo es lo que permitirá la plena satisfacción. Esto es completamente ilusorio porque desear un hijo es poder ubicarlo, en parte, en ese lugar de falta, pero sabiendo que no es aquel objeto primordial y que como tal, es necesario poder separarse de él para poder pensar allí un sujeto.

Que ocurra un encuentro con el recién nacido es estructural debido a que un hijo se recibe. El hijo es algo que adviene, que llega, que ocurre. Hay fantásticamente una intervención del Otro, por la que la dimensión del don se hace presente. La llegada del hijo se muestra como algo que no es natural, sino un acontecimiento del deseo.

Si bien Freud (1931) concebía la idea de la maternidad como una posible salida edípica, en tanto la niña podría encontrarla por la vía del hijo, siendo éste un sustituto fálico; no se debe concebir al hijo como aquel que va a colmar a la madre.

Freud (1931) planteaba que, a partir del Complejo de Edipo, la niña, a diferencia del niño, ingresa vía Complejo de Castración, y habría tres posibles salidas, que determinarán el devenir de la mujer. La primera llevaría a la inhibición sexual; la segunda la de masculinidad; y la tercera sería la salida a la feminidad propiamente dicha. La última estaría asociada a la maternidad, ya que se sustituye hijo como ecuación simbólica por el pene que se le ha denegado. Sería pertinente preguntarse, a qué se refería con dicha feminidad y cómo tras esa lectura se ha puesto al hijo en respuesta ante una salida, ante un enigma universal. El inconveniente es que así se le otorga a toda mujer el destino de madre, quedando superpuestos conceptos tales como el de mujer y madre.

A partir de los postulados Lacanianos se relativiza dicha supuesta normalidad. Al retornar al Edipo Freudiano, Lacan (1972-73) centra su concepción en el deseo materno, un deseo sexuado.

Rompiendo con el binarismo mujer/madre, al reconocer el deseo de la mujer en la madre, el “no-toda” para el hijo, haciendo de madre y mujer, conceptos excluyentes; Lacan (1969-70) refiere que:

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca del cocodrilo, eso es la madre. No se sabe que mosca puede llegar a picarle y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre (p.118).

Lacan (1972-73) lo aborda a partir de las llamadas fórmulas de sexuación, estableciendo que la posición sexual no es algo natural, sino que es resultado de una inscripción simbólica del Complejo de Edipo. Éste no es tomado como Freud sino, como aquel aparato de sexuar, que, mediante la metáfora paterna, se produce significación fálica y allí la posibilidad de situarse como un ser sexuado. La sexualidad no es algo que viene de antemano, sino una posición a producir.

Según estas fórmulas de sexuación, hay dos lógicas distintas, que implican dos modalidades de goce: todo y no-todo, es decir, masculina y femenina. Ambas posiciones no tienen correspondencia necesariamente con el hombre y la mujer. En la primera, la sexualidad está inscrita en términos de falo/castración, mientras que la segunda, la femenina, excede por mucho esa dicotomía. Para la posición sexuada femenina se abren dos perspectivas distintas. Se inscribe la sexualidad vía falo al igual que la masculina, pero además aparece la posibilidad de otro goce, distinto fálico. Se trata de un goce suplementario, no complementario. El goce femenino implica una relación con el cuerpo totalmente distinto, el cual es muy difícil de nombrar; no existe el significante que “LA” represente, por ende, no habría un universal de las mujeres (Lacan 1972-73).

Si no hay LA mujer, tampoco habría la necesidad de maternar para posicionarse del lado mujer. Mientras que Freud no pudo desligar a lo femenino de la maternidad, Lacan corre de allí el acento y lo pone en el deseo de la mujer. Para abordar al deseo materno, a su vez centró su idea en localizar el deseo de mujer en la madre, es decir, un deseo sexuado, un deseo otro. Es así como el niño viene al lugar de la falta fálica de la madre siendo esto lo que lo hará sobrevivir, pero será imprescindible hallar en la mujer además un deseo de mujer (Lacan 1972-73).

Sería incorrecto establecer que la maternidad es lo propiamente femenino, ya que por un lado si se tiene en cuenta que la posición femenina es no-toda ubicada hacia el falo y sus sustitutos, todo ello también vale para el hombre; él también buscará su tener fálico. Por otro lado, madre y mujer se oponen según lo desarrollado. La madre, recupera por medio de su hijo, el objeto de su falta mientras que la mujer al dirigirse al deseo del hombre para encontrar allí un objeto para su goce, el cual es inexistente, estará desposeída de lo que ella busca en él.

Es el deseo el que la constituye madre. Dicho deseo si bien es vital, habilita a la posible libidinización de ese hijo y con ello la constitución de sujeto; no quiere decir que, porque una madre sea deseante va a equivaler a que ella desborde de ternura, ni su hijo ocupe completamente su lugar de objeto de deseo.

Que haya un deseo más allá de ese hijo. Lo que va a poner una traba al deseo de la madre va a ser la intervención del padre. Este cumple la función de palo para que la madre-cocodrilo no se coma al hijo, es decir, para que no se produzca algo del orden de lo incestuoso ni que madre-hijo se conviertan en una amalgama (Lacan 1957-58).

La desarmonía es necesaria para que la separación sea posible. Es la barradura de la madre, su castración, lo que va a permitir, en última instancia, la constitución de un sujeto. La maternidad es entendida como encuentro y separación, al mismo tiempo.

Lo esencial del Otro materno es que encarne un deseo que no sea anónimo. Esta referencia es fundamental para entender el fantasma de la mala madre (Barros 2018).

9

Socialmente, debido a la romantización que se genera en torno a la maternidad, queda explícito el ideal de la madre buena que sabe y puede satisfacer todas las necesidades de su hijo, actuando con perfección, amándolo por completo, en todo momento.

Ello no solo reproduce aquella concepción del orden de lo innato en tanto saber qué hacer, y ser una buena madre, sino que además al no poder sostenerlo, genera malestar en quienes cumplen dicha función materna ante ese supuesto vacío de saber. La idea de amor puro en el trasfondo olvida que como dice Freud “un amor que no elige, que no hace diferencias, pierde una parte de su valor” (Barros, 2018, p.17).

El amor no es justo, y el de una mujer hacia su hijo, no es la excepción. No es necesario ser una madre perfecta sino una madre suficientemente buena. Concepto propuesto por Winnicott (1991), que garantiza mitigar el peso social que implica el ser una madre perfecta ya que la madre no debe ser perfecta, sino suficientemente buena. Es decir, estar presente y disponible para el niño, pero comprendiendo que, como ser humano que es, fallará en ocasiones, y esto no solo es natural sino estructural. Es estructural dado que ella también está en falta, por más que en un primer momento se la considera portadora de todo, no lo es en absoluto.

Que su falta se ponga en juego, aquella por la cual se habilita la posibilidad de desear. Pero dicho deseo estará íntimamente relacionado con su propio atravesamiento de la falta, con su propia historia materna. La maternidad implica hacer algo con lo heredado, hacer con ello, otra cosa, vinculada a lo más propio, subjetivo y singular.

Cuando las fallas son de manera consciente pueden traer consecuencias en el bebé pero cuando la madre es capaz de identificarse temporalmente con su bebé, construir un vínculo integral y vivo con su hijo, estará aportando tanto para la construcción de un vínculo seguro, como así también para la constitución subjetiva de su hijo. Este entenderá poco a poco que su madre no es quien podrá colmar todas sus necesidades. Dándole así la posibilidad de ir descubriendo que en el mundo hay más personas que pueden cumplir o no, la función de sus cuidados (Winnicott, 1991).

La maternidad es una causa que no debe confundirse con un ideal por más que el ideal de la buena madre pese. Es más, si bien Freud sostuvo que el lazo madre-hijo es el más libre de ambivalencia, no fue por desconocer el odio materno. Sino que alude a la estabilidad del vínculo, reside dicha estabilidad, porque la sexualidad allí está inhibida en tanto prohibición del incesto. De todos modos, que sea estable significa eso, estable, no perfecto (Barros, 2018).

Sustentando la deconstrucción del supuesto instinto materno, no habría un saber innato o adquirido que garantice el encuentro perfecto de la madre con el niño. Es impensable sostener un único modo ideal de maternar. Innegablemente hay diferentes maneras de arreglárselas con eso. Esto favorece a la reflexión y el reconocimiento de las maternidades. La pluralidad de dicha noción, legitima la singularidad con la que se puede abordar la temática. Al entenderla como un acontecimiento libidinal, la misma puede variar con respecto a las diferentes situaciones subjetivas.

Las vicisitudes imaginarias de la maternidad son el efecto de la travesía de un campo simbólico en el que se inscribe un acontecimiento del cuerpo. Ese campo simbólico es el del complejo de castración, del cual depende para una mujer la posibilidad de asumir una posición frente al hijo. Los recorridos de ese campo pueden ser múltiples y accidentados ya que el azar importa en todo encuentro (Barros, 2018).

Cada mujer experimenta una maternidad posible dentro de las circunstancias y las herramientas con las que cuente y se habilite a usar. Esas herramientas se sostienen

desde el saber inconsciente, que está relacionado con la historia personal de cómo fue maternada. Esto facilita pensar en que no solo existen maternidades que difieren entre mujeres, sino que puede haber diferentes maternidades en la vida misma de una mujer.

10

¿El acto de nacer o parir?

Al ser maternidades, un acontecimiento del deseo, bañado de subjetividad y no un hecho simplemente biológico; el cuerpo implicado tampoco es capaz de ser reducido al orden de lo orgánico, de lo universal. Si bien, se nace con un organismo, para que sea concebido cuerpo, debe ser construido a través de significantes de Otro. Dicha construcción no tiene que ver con un desarrollo madurativo ni evolutivo, sino con una constitución a partir de la incidencia del significante (Lacan, 1964-65).

Al decir de Lacan (1964-65), “si hay algo de lo que no cabe duda es que hay objetos desde la época más precoz de la fase neonatal” (p.198), es preciso que esos objetos entren en el campo del Otro para que tengan significación. La creencia de nacer con un cuerpo es ilusoria; sólo se llega a tenerlo gracias al lenguaje.

El cuerpo no se construye de una vez y para siempre, sino que va a ir cambiando. La maternidad es un claro ejemplo de ello ya que, durante la gestación, parto y puerperio, se irán vivenciando diferentes cambios visibles en lo orgánico los cuales, estarán acompañados de trabajo psíquico. Dichos cambios irán manifestando la gestación del feto, que, en el mejor de los casos, se percibirá hijo.

Habichayn (2005) reconoce la existencia de sentimientos maternos. Dicha noción está íntimamente relacionada con la importancia que se le atribuye a la libidinización de esa cría humana. Es crucial que se realice aquel trabajo psíquico que le dará lugar a la atribución de una identidad propia a dicha cría, suponiendo allí, un sujeto, al cual se lo piense, imagine y desee. Aquel sujeto que se le demande vivir y se le brinde la posibilidad de pensarse por fuera del cuerpo materno. Es fundamental recordar que solo el deseo contribuirá a que se experimente aquello que crece en el cuerpo y se ha parido, como algo que llama a ser nombrado (Barros, 2018).

El parto no es solo acto de parir, sino símbolo de nacer. Referenciar ello es un modo de cuestionar a la concepción biologicista que reduce y asimila al parto como un acto de reproducción, propio de los mamíferos, los cuales están regidos por pautas instintivas en cuanto a ciclos fijos y repetitivos en el tiempo. Por el contrario, el nacimiento es un acontecimiento, como inscripción en el devenir del sujeto. Ello da cuenta de la importancia que requiere poder garantizar respetuosamente los tiempos subjetivos durante todo el proceso de la llegada de un cachorro humano, evitando completamente aquellas prácticas invasivas que puedan repercutir significativamente en el primer encuentro y posterior desarrollo (Ley N° 25.929).

El bebé se circunscribe en los primeros meses de vida al deseo de la madre. Es ese deseo lo que lo hace existir. Lo ama, lo alimenta, lo acaricia y le dona sus palabras. Ella está allí para interpretar todo, su grito, su llanto, sus risas, sus movimientos. La madre desde su deseo, sabe o cree saber lo que el niño necesita. Es el hijo quién comienza a saber de su propio deseo a través del deseo materno, como Lacan (1964) dice, a través del Deseo del Otro.

Si la madre da, es a condición de que su hijo acepte ser su objeto de deseo. Frente a ello, el niño en dependencia, se somete a lo que le designe el deseo materno. No puede perderla porque él también se perdería, o es lo que eso cree, en tanto aspira ser su único objeto de amor. Este es el momento en el que todo es amalgama, fusión y

confusión. Es un tiempo imaginario que, si se prolonga, devora y borra la posibilidad de ser uno distinto al otro. De todos modos, sería engañoso sostener la idea de que el deseo borraría el carácter carnal y doloroso que puede ser el origen de un hijo. Barros (2018) considera que “pocas cosas marcan el cuerpo de una mujer como la maternidad” (p.49).

La maternidad es un vínculo que puede bordear lo siniestro. Uno es expulsado desde el cuerpo de otro y esto no deja de traer colaciones relacionadas entre el caer y la separación que son propios de la construcción de la vida. Sin embargo, ese caer también puede ser para arriba y esto es cuando un Otro puede poner a su hijo en el escenario del mundo, dándole la posibilidad de vivir, subjetivándolo. El Sujeto es ese objeto que cae, que se pierde. El acto de separación no está cumplido si no se construye otra escena en

11

la que el sujeto podrá alojarse. La madre también es algo que cae. Es un trabajo de separación y duelo (Barros, 2018).

Al momento de parir, también se caerán otros restos, no sólo orgánicos sino también psíquicos como por ejemplo la imagen ideal de hijo. Es imprescindible que haya un encuentro con el real, que pueda ser reconocido como tal, pueda ser libidinizado, suponerlo sujeto, diferente uno de sí, sin quedar atrapados en una fusión corporal. Es necesario que la madre esté acompañada y sostenida por otros en la unión-separación ya que es un proceso que requiere de mucho movimiento psíquico, lo cual no es sin angustia ni duelo.

Además del deseo, hijo y madre, es estructural que haya un Otro allí capaz de flexibilizar dicho vínculo, habilitando así, la terceridad. Posibilitando a que cada uno encuentre su lugar, como sujetos, sin quedar atrapados en una amalgama devoradora, como si madre-hijo fuesen dos cuerpos en uno, imposibles de separar. El padre como tercero debe llegar a interponerse entre ellos para que el niño acceda a su ser de sujeto, y así luego reencontrar nuevamente a la madre (Lacan 1957-58). Esto demuestra lo esencial que es la función paterna para la inscripción del sujeto como tal.

Del “padre colaborador” a la Función Paterna

Cuando se habla de paternidad históricamente se ha ubicado al padre como aquella figura de autoridad, capaz de imponer la ley, el que tiene el saber, el que protege y provee. Si bien lo afectivo de la función paterna ha existido, se lo comienza a reconocer y aceptar contemporáneamente.

Para Lacan (1957-58) la función paterna cumple la función de corte, la cual regula el deseo y el goce, censurando así el incesto y la posible fusión madre-hijo. Que se instaure la función paterna implica que el bebé tenga otra versión del mundo, además de la materna, reconociendo que existe alguien más que puede interpretar los hechos y las cosas que suceden. Esto le permite al sujeto estar en posición sin quedar obturado por una sola versión, permitiéndose vincular con otros y pensar por sí mismo. Para que ello suceda, la madre tendrá que renunciar y aceptar que su hijo no le corresponde como propiedad. Esto será posible cuando habilite la inclusión del padre en la díada madre-hijo. Es la madre a través de su discurso, la dadora del Nombre del Padre, y éste será el encargado de sustituir al Deseo de la Madre.

El Deseo Materno como aquello necesario y fundamental, debe ser regulado para no avasallar al niño. Este proceso es el que refiere Lacan (1957-58), dónde establece que aquel que ejerza la función paterna deberá ubicar a la madre en su lugar como tal, pero también en el de mujer, objeto de deseo. El niño debe comprender que su madre no es todopoderosa, fálica, como se le presenta, sino que también ella accede a otro tipo de goce y de deseo más allá del hijo. Aquí algo de la castración materna comienza a aparecer, en tanto si desea es por no tener, no poseer, y lo que da es porque ella quiere,

y lo dona.

Cuando la función paterna es ejercida, se instaura la significación del falo y el Nombre del Padre que organiza el deseo materno, envolviendo el goce en la forma de amor y ternura para que el hijo pueda acceder a ella sin incesto. Es la función paterna la que permite salir de esa engañosa relación inicial, donde hijo y madre quisieran ser uno. Es la función paterna la que impide al niño perderse en el caos y sostener su deseo (Aberastury y Salas, 1978).

Es el padre real quien a través del significante impone la función simbólica del corte, lo que le permite al niño constituirse como sujeto deseante. El padre real es el que permite revivir ilusoriamente la relación con el Padre imaginario omnipotente, aquel que tiene el poder de acceder a la madre y se le ha prohibido al hijo. No obstante, la función paterna no es algo que le corresponde a alguien en particular, sino a todo lo que circula del lado de la cultura. Como lugar puede ser ocupado por distintos representantes de la

12

ley. El padre de una estructura familiar, es el semblante del Padre simbólico, portador de la prohibición instituyente. Y como tal, no está exento de castración, también deberá asumirse en falta (Lacan, 1957-58).

La interacción de todo lo plasmado producirá que el conflicto se instale, la ambivalencia se haga presente, el sujeto dividido devenga y el fantasma revele la vacilación de las relaciones entre otros.

Se demuestra la complejidad inherente de lo que implica el encuentro y crianza de hijos; como tal no es una tarea sencilla, sino un arduo trabajo donde toda acción u omisión, inevitablemente influirá en la psiquis y subjetividad del presunto hijo. Al mismo tiempo, da cuenta que maternidad/paternidad son funciones, construcciones simbólicas, las cuales pueden ser relativas y variables a aspectos históricos y socioculturales.

Esto sirve para desterrar la concepción de que los mismos son atributos de género. Dicha concepción es desfavorable ya que produce una radical desigualdad vincular entre madre-padre con respecto a su hijo. Si bien, actualmente se intenta incorporar por igual desde el primer momento a quienes cumplirían funciones parentales, en tanto es bueno para todas las partes, aún existe una tajante diferenciación entre los supuestos roles maternos y paternos.

Esa diferenciación está marcada por el género, la cual es una construcción sociocultural e histórica que se sostiene, sobre la base anatomofisiológica que traemos al nacer (Habichayn 2005). Es decir, si naces mujer u hombre anatómicamente, esto culturalmente traería añadido una serie de pautas, normas, valores que condicionan las conductas de cada uno de los géneros.

Esto implicaría reconocer que dependiendo el género ya hay roles establecidos incapaces de romper o flexibilizar. Según esto, en el caso de la mujer, dichos roles están abocados a la reproducción, a los cuidados, y afecto, mientras que los hombres ejercen poder y serían proveedores, eficaces. Unos del lado de la pasividad, otros de la actividad.

Debido a los cambios culturales, sobre todo, tras las críticas a la masculinidad ideal, aquella que intentaba someter, desacreditar y violentar a las mujeres, produjo grandes movimientos y reformas que demuestran que la pasividad nada tiene que ver con lo anatómico, que la feminidad tradicional y la masculinidad hegemónica deben caducar como modelos ideales.

Al afirmar que la subjetividad no está alineada exclusivamente al sexo, es decir que no siempre coincidirá sexo-género, sino que el género se construye mediante identificaciones y contraidentificaciones, se habilitan nuevas formas de distribución de funciones interfamiliar, al no haber roles establecidos, habrá variaciones en función del

deseo. Así en la paternidad sería posible encontrar afecto y poder en una misma persona, siempre y cuando haya deseo (Meler, 2023).

Hay una reversión de masculinidad, en donde día a día, existe mayor implicación de parte de los hombres en aquellas tareas que antiguamente eran sostenidas por mujeres. Es decir, hay una revalorización de aquellas tareas vinculadas al afecto con los hijos, una nueva forma de demandar y de demostrar afecto. Habichayn (2005) refiere que al parecer hay una especie de ablandamiento y variaciones de las relaciones entre padre e hijos.

La actualidad demanda y beneficia el encuentro de nuevas paternidades, mucho más presentes, con vínculos frecuentes y cotidianos desde los primeros comienzos, ya no como ayuda o emergencia cuando la madre lo solicita, sino paternidades deseadas e implicadas. Este cambio será factible una vez que el concepto arraigado del instinto materno sea completamente erradicado, abandonando la asociación automática de mujer=madre. En su lugar, surgirá la concepción renovada de mujer y madre como entidades independientes, capaces de estar juntas cuando el deseo comande; propiciando así un nuevo espacio para el reconocimiento de las funciones maternas y paternales en la sociedad.

13

Maternidad, un deseo más

Al pensar un giro significativo en torno a la función materna, desvinculándola al mero hecho biológico, se abre un camino que posibilita la reflexión sobre la práctica de las funciones, más allá de las convenciones asociadas a lo femenino o masculino. Este descentramiento confiere a las mujeres la capacidad de elegir a la maternidad en función de su deseo de ejercerla, es decir, comenzar a pensarla como un deseo entre otros posibles en la vida de aquellas.

Simone de Beauvoir (2018) y otras feministas trascendentales, que defendían la idea de la maternidad elegida, buscaban instigar el proceso de desacralización de la maternidad. A través de sus planteamientos, argumentaban que la maternidad no constituye el destino exclusivo o privilegiado de las mujeres. Sostenían que la identidad femenina no quedaba definida por la maternidad, sino que esta última representa meramente una opción entre diversas posibilidades. Además, cuestionaban fuertemente el ideal materno del amor puro y sagrado, así como también la noción de instinto materno. En relación a esto expresa "no se nace mujer: llega una a serlo" (Beauvoir, 2018, p. 109).

Tomando dicha frase emblemática y reiterando la idea de que únicamente la mediación de Otro puede constituir a un individuo como un otro; esto demuestra como el conjunto de significaciones sociales califican y establecen como femenino a aquello que difiere a la virilidad masculina, convirtiéndose pasividad, impotente, dócil, sinónimos de femineidad. Según la línea de la autora (Beauvoir, 2018), pareciera que para ser mujer no solo habría que adornarse, engalanarse, sino también reprimir la espontaneidad y sustituirla por la gracia y el encanto. Todo ello para poder encontrar un marido y ser madre. Momento en el que toda aspiración personal puede caer sin problemas porque es más importante casarse y materner en lugar de cumplir sueños.

Estos ejemplos que expresa la misma son los representantes de aquellas de las tantas presiones sociales que se han instalado durante siglos sobre las mujeres, que inevitablemente han perdurado, sostuvieron y replicaron años tras años, generaciones tras generaciones. Creencias e ideales que apaciguan deseos.

Si bien, se comenzó a fracturar el mandato y creencia de que, en la vida de una mujer, el deseo de la maternidad está por sobre todos los otros; hay algo que sigue resonando, las diferentes miradas con respecto a hombre y mujer. Como si fuese una

lucha distintiva de la que nunca se podrá deshacer por completo. Simone (2018) afirmaba que la mujer, a comparación al hombre, no es mirada por la sociedad con los mismos ojos. Se la presenta como un ser humano con problemas singulares.

Problemas singulares que se invisten de múltiples cargas sociales cuando esa mujer desea la maternidad. Problemas que parecieran ser singulares pero que remiten a la insistente sacralización materna que no deja de hacer estragos en la vida y decisiones de las mujeres. Acaso ¿cuáles son los motivos por los cuales se insiste y cae en la recurrente idealización materna? Pareciera que la maternidad tendría por añadidura un alto costo que se debe pagar en la vida y trayectoria de las mujeres.

No es menor el acto de idealizar a la madre, ya que es en sí misma, el mayor testimonio que una persona tiene de la condición original de objetos, es decir, ser objetos caídos del otro. Por lo que se podría considerar que dicha idealización tiene poderosos factores inconscientes. Enfrenta al humano a la angustia de la no garantía del deseo materno, es decir, la no garantía de existencia subjetiva (Barros, 2018).

Entonces, ¿no será efecto de la resistencia a la castración, que por momentos tanto atormenta socialmente? Idealizar a la madre, hacerla fálica, todopoderosa, perfecta sería un modo de sostener ese ideal fantasmático de que puede existir en el mundo alguien que sí lo tiene, que sí puede. Un Otro capaz de tener y darlo todo sin perder. El problema es que detrás de tanta fantasía se olvidan las consecuencias que esto conlleva y sobre todo el efecto displacentero que produce intentar llegar a ese ideal.

14

Ojalá se pudiera considerar a la maternidad como un deseo entre otros, como uno de los tantos intentos de sobrellevar el narcisismo, sin fallecer inundados de amor propio. Ello permitiría una mayor comprensión de su complejidad, haciendo que las mujeres puedan encontrar en ella un significado sin que se convierta en un mandato social.

Conclusiones

La maternidad no es algo exclusivo ni del desarrollo natural de los sujetos, ni corresponde a un proceso similar para todos por igual. Si bien en el uso frecuente de su término, pareciera que se utiliza para referenciarse sobre un organismo natural, preparado y apto para gestar, según todo lo desarrollado se concluye que esto no es así. Como se ha fundamentado, a través del psicoanálisis, la misma al ser entendida en términos de función, la cual es imprescindible que esté comandada por el deseo, desacredita completamente la posibilidad de creer que hay un instinto a continuar en la misma. Al pertenecer en el campo del deseo, no es algo que se pueda vincular a lo innato, universal y común. Es completamente singular y hay diferentes modos de habitar lo materno entre los seres humanos.

“Maternidad(es)” ha sido desde el comienzo un punto de almohadillado que ordena la complejidad de la temática. Dicho concepto no sólo ha acompañado durante el desarrollo del trabajo para pensar qué es la maternidad, sino que, al ser al mismo tiempo, un concepto en plural, colabora con el intento de cuestionar la reduccionista idea de creer que hay una única e ideal maternidad a seguir. Es preciso reconocer que esto es una idea errónea. Por el contrario, coexisten pluralidades de modos de vivenciarla.

Crear en la existencia de un ideal de maternidad, produce efectos displacenteros en la vida de las mujeres en tanto quién no siente el supuesto instinto maternal, sería una mala madre o estaría en problemas según las significaciones establecidas socialmente.

Dichas creencias son parte de la cultura, contexto y cotidianeidad de las personas, que inciden significativamente en la vida de las mismas. A tal punto que, una de las grandes significaciones en torno a la maternidad, comprenden a la misma como etapa

natural e imprescindible en la vida de las mujeres, condicionando por completo los proyectos subjetivos, convirtiéndose éstos en mandatos a cumplir. Tal es así que el deseo y las obligaciones comienzan a mezclarse ante la pregunta del querer ser madre, si es que, en el mejor de los casos, hay una pregunta.

Pareciera que el reloj biológico y/o los mandatos sociales empiezan a presionar, debiendo decidir en la inmediatez el tener un bebé. A veces las respuestas ante ciertos interrogantes se ven completamente inundadas de aquellos mandatos que desplazan la pregunta acerca del deseo, y con ello se confunden las ideas con respecto al hijo deseado o hijo buscado. Es un gran inconveniente para los niños, ser producto de un hijo por necesidad, en lugar de uno por deseo.

Las significaciones imaginarias con tintes ideológicos, al estigmatizar y reducir todo en un ideal de maternidad, hace que la mayoría de ellas queden por fuera. Debido a esto es preciso comprender que, no existe el universal que englobe cada particularidad, sino que trae serias cargas sociales, superyoicas, que repercuten significativamente y generan displacer. Es por ello que se insiste en concebir a las maternidades como proceso complejo, imposible de delimitar.

Repensar, también es un modo de rebelarse contra la creencia de entender a la maternidad como el camino hacia la feminidad. Esto si bien ha sido leído confusamente tras lo escrito por Freud; con los aportes de Lacan puede ser reflexionado. Según lo propuesto, la maternidad no es ni la única salida a la feminidad, ni siquiera es una de ellas. Mujer=madre es una construcción social, siendo pares dicotómicos no necesarios de vincular.

Al tomar el aporte de Lacan, el cual centra su concepción en el deseo materno, un deseo sexuado; se ubican dos condiciones para que la función materna se ponga en

15

juego. Por un lado, la falta que posibilite al niño colocarse en dicho espacio vacío, siendo el deseo materno lo que lo hará sobrevivir. Pero, por otro lado, sería conveniente que no se colme absolutamente la mirada de la madre, que haya siempre otro ángulo que mirar. Que la madre pueda encarnar la posición de mujer no-toda para poder hallar en ella un deseo de mujer.

Entonces, si el deseo es la que la constituye madre, ante un posible encuentro mujer-bebe, lo fundamental es que haya deseo de por medio. Esto contribuye a que el encuentro sea un acontecimiento, en donde se produzca un devenir Sujeto. De ello resulta la idea de pensar en el acto de parir como un acontecimiento simbólico del nacer. Claro está que el parir no deja de ser una instancia dolorosa, en la que la única posibilidad de pensar en una romantización sea en términos de libidinización; sino nadie iría a parir. Esto refiere a que ello funcione como un velo ante lo doloroso y carnal que acompaña a aquel encuentro estructural. Este es el comienzo del camino en el que un feto devendrá sujeto.

El idealizar ha sido otro de los conceptos junto con el de romantizar, desarrollados durante la escritura. Pareciera que la maternidad al ser una temática tan amplia y compleja, su diversidad no suele ser un terreno fácil de aceptar. Hay más preguntas que certezas las cuales se ven reflejadas en las grandes idealizaciones que se han hecho durante tantas décadas para intentar apaciguarlas. Tal es así que se ha sacralizado a la madre. ¿Por qué habrá ocurrido esto?

De todos modos, no se está idealizando cualquier figura. Es la representante de las incertidumbres, de las preguntas sobre el origen, el encuentro. Es el testimonio de un otro supremo en donde deseamos podemos volver, o no. Como así también, de lo dependientes que se es de un otro que haga subir a la escena del mundo, ese alguien al cual se le demanda existencia y amor. La madre es la que invita a vivir, a través de su

deseo. Pero si desea, es porque también es la representante de la falta por excelencia. Detrás de tanta sacralización, hay un agujero, un vacío, imposible de llenar. Ella es quién produce el acercamiento al límite, la castración.

Dar cuenta de la Castración, permite pensar en cómo la maternidad invita a conectar con la propia historia materna y a las influencias que esta ha generado. La maternidad implica transformar, reconectar y reinterpretar con lo heredado, para hacer algo nuevo con ello. Es decir, tomar aportes de la historia materna, que resuenen con uno mismo y convertirlos en un apoyo.

En la actualidad hay nuevas maternidades, nuevos modos de crianza que difieren e interpelan a las ideologías reduccionistas y expresan la complejidad de la misma. Las nuevas maternidades, en los contextos sociohistóricos contemporáneos, permiten descentrar a la mujer como la única responsable de la crianza y del ejercicio de la función materna. A su vez, al entenderla como función, habilita a pensar la paternidad como ello y no una colaboración; no necesitaría del "instinto" para saber qué hacer. Al producirse dicha descentralización, las mujeres pueden concebir a la maternidad como otro deseo, uno más en la vida de aquellas y no una condición.

En relación a la función paterna es imprescindible que acontezca ya que su función de corte hace del niño un Sujeto sin que quede aplastado, ni comido por la madre, es decir sin que caiga de la escena del mundo, ni se convierta en un objeto fusionado a la madre. A su vez, la función paterna al introducir el corte en la díada madre

hijo, contribuye a que la madre pueda pensarse como mujer, es decir, haya un corrimiento miratorio de deseo. En el que la misma desee en posición de mujer no-toda.

Es importante resaltar que la dinámica entre la trinidad madre-hijo-padre se verá influenciada por el papel que, quien desempeñe la función materna, otorgue a través de su discurso. Aunque la madre sea quien encuentre, a través de su deseo, al hijo, en dicho momento en el que algo cae y, simultáneamente "cae para arriba", a su vez se debe iniciar una separación para que el hijo comience su propio camino. Para que ello ocurra es preciso que haya otro capaz de sostener y respaldar esa separación. Dado que el

16

alejamiento de los hijos puede desencadenar en los adultos pulsiones difíciles de sobrellevar, lo que en muchas ocasiones impide que se instituya dicha separación debido al malestar que genera. La falta de separación priva al hijo de algo esencial, la posibilidad de estar en el mundo como sujeto de deseo.

Tras el análisis realizado, se concluye que la noción de maternidad(es) emerge como un concepto esencial para abordar la complejidad inherente a esta temática. La misma brinda dialécticamente la posibilidad de pensar acerca de qué es la maternidad y al mismo tiempo, al ser un concepto en plural, da cuenta de la existencia de una multiplicidad de experiencias que cohabitan. Por ende, al responder dicha pregunta, no se podría arribar a una respuesta unívoca, que aprecie una sola concepción de maternidad, sino que se debe considerar la complejidad inherente de la diversidad de aquellas. Vincularla al deseo es un modo de definirla sin reducirla y sostener lo singular, lo subjetivo que conlleva la misma. Defender la bandera de maternidades es reconocer lo imprescindible que es descubrir el deseo sin quedar aplastados por los prejuicios del deber-hacer.

Poder repensar y reconstruir sobre la temática, es indispensable ya que, en algún momento de la vida de las mujeres, el interrogante por el "ser madre" se hace presente. Interrogante que a veces nace por preguntas inter o extra-familiares, en un mundo en el que pareciera que desde niñas se va introduciendo poco a poco el supuesto deseo de serlo y la convicción de estar preparadas para ello. ¿Convicción? Mejor hablar en términos de mandatos. Escribir sobre la misma, no sólo es una toma de posición; sino

también, es habitar y protagonizar aquello que suele ser violentado por otros.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. y Salas, E. (1978). *La Paternidad*. Buenos Aires. Kargieman. Barros, M. (2018) *La madre. Apuntes Lacanianos*. Buenos Aires: Grama ediciones Beauvoir, S. (2018) *El segundo sexo. Cap. 1: Infancia*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Bourband, L. (2023) *Lo femenino, lo maternal y nuestra época*. Rosario: Laborde
- Fernandez, A. (2016) Madres en más, mujeres en menos: los mitos sociales de la maternidad. En *El imaginario social en la mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombre y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, M. y Dehollainz, I. (2020) ¿Se materna instintivamente?. *Actualidad psicológica. ¿Instinto maternal?*, Nº 501. pp 12-14.
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio de placer* en Obras Completas, Volumen XVIII, Cap. V. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1931) *Sobre la sexualidad femenina*, en Obras Completas, Volumen XXI, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933 [1932]) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 33: La feminidad*, en Obras Completas, Volumen XXII, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Habichayn, H. (2005) *Maternidad y paternidad. Una mirada desde la teorización de*

- género*. Rosario: Homo Sapiens.
- Kohan, A. (2019) *La maternidad en cuestión: ¿nuevos debates?* en Revista psicoanálisis en la Universidad n°3. Rosario: UNR Editora
- Lacan, J. (1956-1957). *Seminario 4. La relación de objeto. Clases IV, XI y XIII*. Buenos aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958) *Seminario 5. Las formaciones del Inconsciente. Clases IX y X*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964-1965) *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales. Clases XIV y XV*. Buenos aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969-1970) *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Clase VII*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1972-1973) *Seminario 20. Aun. Clases VI y VII*. Buenos Aires: Paidós. Ley 25929 parto humanizado. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, 2018.
- Meler, I. (2023) *Géneros y Deseos en el Siglo XXI. Cap. 1*. Buenos Aires: Paidós. Morin, E. (1994) *Epistemología de la complejidad. Buenos Aires: Nueva visión*. Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española (23ª ed.)*. Vaamonde J. (2010) *Henri Laborit, Humberto Maturana, Francisco Varela y Edgar Morin: Aportes para la comprensión del Hombre en Situación*. Rosario.
- Winnicott, D. (1991) *Exploraciones Psicoanalíticas I*, Cap 8: Ideas y Definiciones. Buenos Aires: Paidós